



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II
N.º 58

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

ONE WOMAN TO ANOTHER 1927

¡COMPROMETIDA!

Comedia americana, interpretada por
FLORENCE VIDOR, THEODORE VON ELTZ,
HEDDA HOPPER, etc., etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



¡COMPROMETIDA!

Argumento de la película

Rita era una hermosa muchacha, novia de Juan, un rico y joven heredero.

De carácter algo displicente mantenía siempre con su novia una actitud de indiferencia. Aunque la amaba en el fondo, no se mostraba todo lo cordial que fuera de desear.

Cierto día mientras ella escribía a máquina en su casa, Juan fué a visitarla y le dijo:

—Ven a ver la casa que he encontrado, Rita. Es una combinación de estilo María Tudor y cabaret moderno. Será para nosotros un nido agradable cuando nos casemos.

Acarició sus dedos que teclaban las letras de la máquina, pero Rita protestó malhumorada:

—¡Cuidado que eres impertinente, Juan! Sabes que los editores están aguardando mi original y tú empeñado en que no lo acabe...

—¡Por favor, Rita de mi corazón! ¿No te

sería posible prestar más atención a tu prometido que a tus crónicas periodísticas?

—Déjame ahora, haz el favor... Ven luego a buscarme... Tengo que acabar este artículo.

Juan, disgustado, abandonó la casa...

Al ir a subir a su coche vió otro automóvil del que descendía un pastor protestante con unos niños.

Los chiquillos cogieron una piedra y la lanzaron contra un charco de agua que estaba junto al automóvil de Juan y que ensució por entero el pantalón del apuesto joven.

Furioso quiso reñirles pero el pastor le dijo severamente:

—¡Reportese usted, caballero! Son niños y no saben lo que hacen...

—¡Pues que vayan con más cuidado, caramba!

Y montando en el coche se fué a dar unas vueltas para calmar su extrema nerviosidad.

El pastor y los dos niños entraron en casa de Rita. El pastor era hermano de Rita...

Esta abrazó cariñosamente a su hermano y a sus sobrinos. ¿A qué obedecía aquella visita?

—¿Os acordáis de vuestra tía Rita, niños?

—les dijo ella.

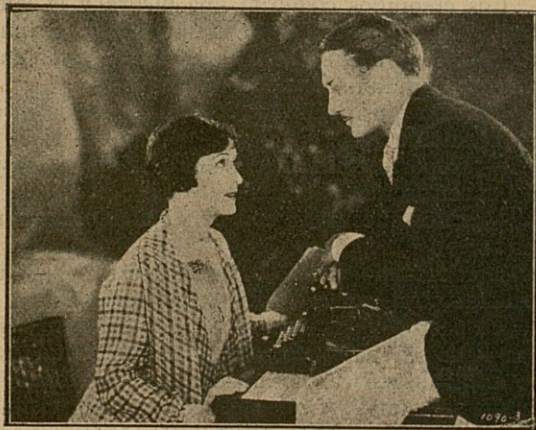
Y les llenó de besos.

No le importaba ahora haber interrumpido el artículo...

José, el pastor, enseñó un telegrama a su hermana que decía así:

La enfermedad repentina del doctor Hewit nos obliga a llamarle a usted para que venga inmediatamente a sustituirlo en la Misión, en vez del mes de julio como teníamos pensado. Rogamos a usted avise por cablegrama la fecha de su partida.

J. H.



—¿No te sería posible prestar más atención a tu prometido que a tus crónicas?...

—¡No vayas! — le dijo su hermana—. Eres viudo y te debes a tus hijos.

—En nuestra familia no ha habido un solo caso que haya colocado la felicidad por encima

del deber. De mi aceptación depende la vida de muchos infelices. Y te suplico, creyendo que no te será molesto, que te quedes con los niños durante seis meses o sea hasta mi regreso de la China.

—Como tú quieras. Yo con mucho gusto los tendré.

—No esperaba menos de ti. Y ahora me voy, perdona mi prisa. Me marcho tranquilo porque sé que los niños quedan aquí en buenas manos.

Salió y poco después volvía Juan.

Al ver allí a los chiquillos con Rita frunció el ceño. ¿Qué significaba aquella visita?

—Me es imposible salir ahora, bien mío — le dijo Rita—. Mientras tú estabas fuera el cielo me deparó dos angelitos.

—¡Bonito regalo!

—Son mi sobrina y mi sobrinito. Vivirán aquí conmigo unos seis meses...

—¡Atiza!

—Pasará el tiempo volando, Juan. Mientras yo voy a arreglar vuestra habitación — agregó dirigiéndose a los pequeños — os estaréis aquí con Juan... Quiero que seáis buenos amigos de Juan.

Marchó Rita y el novio quedó entre aquellos dos críos que ya antes le habían manchado el pantalón.

El niño mirando a Juan le dijo risueño:

—Soy el muchacho más fuerte de mi clase. ¿Quiere usted pegarme? Ya verá...

Juan no entendía de juegos infantiles pero para complacer al chico le dió un levisimo golpe en el estómago y se echó a reir.

—¡Deme más fuerte! — gritó el crío.

Otro intento ligerísimo por parte de Juan.

El chiquillo protestó.

—Tiene usted poca fuerza — le dijo—. Los golpes hay que darlos así...

Y le dió con toda su fuerza a Juan un soberbio golpe en el estómago que le hizo ver las estrellas.

—¡Zambomba! — rugió el joven—. Estas bromitas con el estómago me parecen un poco pesadas.

Y se apartó discretamente del travieso chiquillo. ¡Cómo añoraba a Herodes en aquel instante!

Volvió Rita, y su sobrinito le dijo:

—Soy más fuerte que él. ¡Le doblé a él y él no pudo doblarme a mí!

—Tú vas para Tunney, chiquillo — le dijo Rita—. Pero ahora te irás a la cama...

Desapareció Rita con los sobrinitos, y Juan respiró gozoso. ¡Gracias a Dios que les perdía de vista!

Descansó unos momentos y luego puso una placa en el fonógrafo y se recreó con la armonía de un tango sensiblero y ramplón.

Dicen que Longfellow, el célebre poeta norteamericano, antes de tener hijos escribía ins-

piradas odas a los niños, pero después que los tuvo, enmudeció su lira infantil.

Juan se vió interrumpido por Rita quien bajó alarmada y le dijo:

—No hagas ruido que los niños están durmiendo.

Tuvo Juan que quitar la placa del fonógrafo y maldijo en voz baja a todos los niños del mundo.

—Bueno, Rita... Hemos de hablar un poco seriamente... Ya tenemos casa, amueblada y bonita. ¿Cuándo nos casamos?

Ella bajó los ojos.

—¿No te parece — respondió — que sería mejor que aguardásemos a que mi hermano volviese por los niños?

—Me has dicho antes que tu hermano no volverá hasta dentro de seis meses...

—¿Y esto qué importa? Esperaremos...

La sobrinita apareció en la galería pidiendo un vaso de agua; Rita se lo dió. La pequeña después de beber unos sorbos derramó el resto sobre el flamante sombrero de Juan, y salió corriendo.

—¡Pero no te han traído dos sobrinos... te han traído dos demonios! — rugió Juan, contemplando la prenda.

—Demonios o no, he de cuidar de ellos... Mía es toda la responsabilidad... Creo que debemos esperar para casarnos el regreso de mi hermano...

—¿Qué necesidad tenemos de perder seis meses pudiendo poner a los niños en manos de una institutriz?

—Mi deber es esperar a mi hermano... y asunto concluido... Vamos a contemplar la luna y no pensemos más en casarnos por ahora...

—Quieras o no quieras, me mudaré a nuestra casa en donde por lo menos me haré la ilusión de que soy casado...

Salieron al jardín y ocuparon un banco.

En vano insistió Juan para que ella aceptase una boda inmediata... Rita se negó aplazándola medio año.

Y Juan tuvo que marcharse derrotado y lanzando maldiciones contra la terquedad de las mujeres y las impertinencias de los niños.

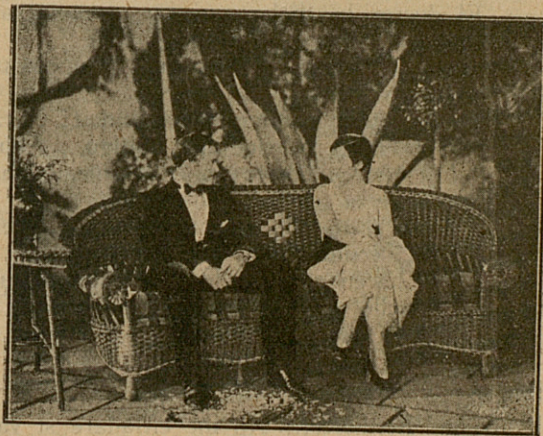
Juan se trasladó a su nido de amor... aun solitario...

Ocurrió que el aventajado joven vivía en una vecindad en donde abundaban en demasía las jóvenes que buscaban un novio rico.

Un día dos Amazonas, madre e hija, vieron pasar a Juan en su estupendo automóvil.

Y la madre dijo sonriente:

—Ese muchacho es rico, atractivo y tiene novia... Pero si yo tuviese tu edad, Julia, olvidaría lo de la novia...



En vano insistió Juan...

—Así pienso yo también, mamá — dijo la jovencita que era una rubia muy bella.

Pasaron ocho días durante los cuales no hubo cambio alguno en el tiempo... ni en los niños.

Juan volvió a visitar a Rita pero no le dejaron entrar... Su novia desde la puerta le dijo con melancolía:

—Los niños tienen la escarlatina... y la casa está en cuarentena.

—¿Y eso más? ¿Hasta cuándo durará esa delicia de la cuarentena?

—El doctor ha dicho que unas tres semanas...

—¡Eso es horrible! ¿Por qué te quedaste con los niños?

—¿Y mi deber y mi responsabilidad? Mira si hice bien en no casarme aún contigo... Ahora tendría que cuidar enfermos en plena luna de miel.

Un coche se detuvo ante la casa... Iban en él Julia, la vecinita, y su hermano Jimmy.

—¿Qué hacen ahí? — les dijo Jimmy que conocía mucho a Juan—. ¡Vengan ustedes a la playa!

Juan se excusó cortésmente.

—¿Por qué no vas? — le dijo Rita—. Te conviene distraerte... No me enfadaré si vas a dar un paseo con ellos, te lo aseguro...

Juan aceptó aquella y subió al automóvil con Julia.

Su vecina era indudablemente simpática... La había tratado ya antes algunas veces y le parecía una mujer atractiva.

Naturalmente que Juan sólo pensaba en una

buena amistad, pues su corazón estaba por entero reservado a Rita.

Julia se mostró cordialísima con su amigo y le invitó otras veces a ir en su automóvil.

Así transcurrieron veinte días durante los cuales Juan se daba a todos los demonios por no poder entrar en casa de su novia.

Un día al ir a ver a Rita se encontró con que habían ya quitado por fortuna el letrero de ante la verja que decía:

FIEBRE ESCARLATINA
PROHIBIDA LA ENTRADA

Le franquearon la puerta y pudo hablar y besar la mano de Rita.

—¡Gracias a Dios que puedo volver a verte! — le dijo.

Ella movió la cabeza.

—Me temo que no será por mucho tiempo — le dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿Otra enfermedad?

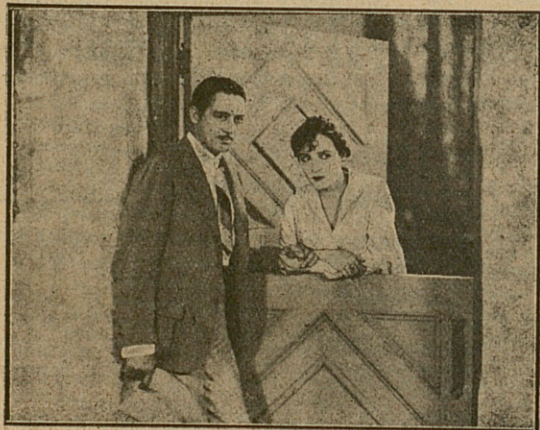
—No, pero el médico me ha recomendado que llevase a los niños a pasar el verano en el campo.

—¿Qué necesidad tienes de llevarlos? ¿Por qué no los mandas? Yo mismo podría proporcionarte una buena aya.

—¡No puede ser! Tengo que llevarlos yo misma... Mi hermano dejó los niños a mi cuidado y mi deber es... cuidarlos.

—¿Acaso no tienes ningún deber para conmigo? Primero eran las novelas y los editores; ahora son tus antipáticos sobrinos... Mañana serán...

—Juan, mis sobrinos no son antipáticos... Y



—*Los niños tienen la escarlatina... y la casa está en cuarentena.*

quiero que hagas el favor de no hablarme de esta manera...

Interrumpió la disputa la llegada de María, una amiga de Rita. Viendo que se peleaban, les dijo:

—Parece mentira que con lo que se quieren ustedes se porten de tal manera... Yo soy amiga de ambos y quiero que vivan en paz... Vengo a invitarles a los dos a cenar conmigo mañana.

Rita contestó con brusquedad:

—Siento mucho no poder aceptar tu invitación, María... Mañana voy a llevar a los niños al campo por la temporada de verano.

—¿Insistes en ello? —gritó Juan—. ¡Pues hemos concluido para siempre! ¡Adiós!

Y saludando cortésmente a María se marchó con el propósito de no ver más a su novia.

Rita quedó sorprendida ante aquel acto enérgico de su prometido y dijo a María:

—¿Es posible que él no pueda comprender que el principal deber de una mujer es para los niños?

María sonrió irónica.

—Pero, muy bien pudiera suceder —le contestó— que alguna otra mujer se diera cuenta de que los hombres son realmente niños... y cumplierse su deber con Juan.

—Juan no es de esos... Estoy segura de que volverá...

—Quizás... Pero hablando de mujer a mujer, te diré que Juan es un hombre como los otros... Y debes vigilar si no quieres perderle.

—Ahora lo que me interesa es marcharme al campo...

Y al día siguiente Rita salía con sus dos sobrinitos hacia la montaña, a pesar de las advertencias cariñosas de su amiga...

*
**

Juan estaba seguro de que volvería a hacer las paces con su novia. Pero le molestaba también aquella terquedad que había hecho a Rita abandonar la capital.

¡Caramba! ¿Es que un novio no es algo más que dos sobrinitos?

Durante el tiempo que Rita permaneciese fuera, Juan pensaba divertirse todo lo posible.

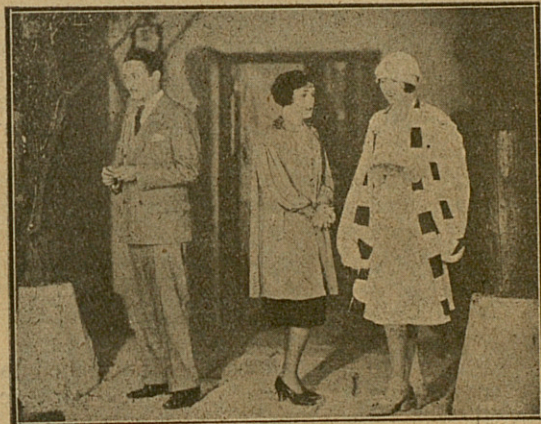
Aceptó la invitación de Julia para que fuese un día a merendar con ella en el campo.

Estaría también, según dijo Julia, su madre y unos amigos, para hacer la jira campestre más agradable y completa.

Julia y Juan ocuparon un automóvil que el joven guiaba.

El estaba dispuesto a divertirse inocentemente, pero Julia tenía otras intenciones.

Al llegar a un paraje solitario en el bosque, Juan, extrañado de que no viniesen en otros coches los demás invitados, preguntó a su compañera:



—*Siento mucho no poder aceptar tu invitación...*

—¿Estás segura de que es aquí donde los otros debían esperarnos?

Ella sonrió con malicia.

—Pareces tonto, Juan... ¿Por qué preocuparnos de los demás? Ya vendrán cuando quie-

ran; no pases cuidado... Merendemos ahora, que tiempo habrá para preocuparnos.

—Pero...

—Ellos vendrán después que hayamos comido...

Juan a quien no le hacía mucha gracia estar solo con aquella chica y tan lejos, descendió del coche, para buscar un rincón donde merendar.

Julia antes de bajar estropeó uno de los resortes del automóvil. ¡El coche no podría partir!

Merendaron los dos sobre el césped...

Luego subieron de nuevo al *auto*.

Era ya muy tarde...

Mas cuando Juan quiso poner en marcha el motor, vió extrañado que no funcionaba.

Examinó el motor; estaba estropeado.

Contrariado exclamó:

—¡ Sólo esto nos faltaba! ¡ Si no vienen los de tu casa no sé cómo lo haremos para regresar!

Ella no parecía preocuparse...

—Esperemos, no pueden tardar ya... — exclamó.

Pasaron unas horas de suave charla.

Había cerrado la noche. Y la única que acudió a la cita fué la luna.

—En tu casa no vienen — exclamó el joven—. Tenemos que regresar a pie. No perdamos ya más tiempo...

—¡ No, Juan, no! — dijo ella—. A pie a mi

casa no hay hombre que me obligue a ir...

—Pues sería lo más natural...

—Mira... haremos una cosa — propuso Julia.

Mostróle una moneda y le dijo:

—Si sale cara, nos quedamos... Si cruz, nos vamos...

Ella misma lanzó al aire la moneda y corrió a recogerla.

—Cara — dijo y la mostró a Juan quien hizo un gesto de contrariedad.

Pasar una nohecita allí, ¡ qué fastidio! A él le interesaba poco Julia; a quien quería era a Rita...

—¡ Está bien, Julia! — exclamó—. Nos quedaremos... Comprenderás que más lo lamento por tu situación que por la mía.

—¿ Para qué preocuparse? Pasaremos la noche durmiendo en el *auto*. Las horas se nos harán cortas...

Y así sucedió...

Reclinados en los mullidos asientos del coche, durmieron hasta el amanecer.

Mejor dicho, durmió Juan...

Ella estaba desvelada, pensaba en la alegría de haberse comprometido con aquel hombre al que quería cazar.

Julia se había puesto ya en combinación con su madre para tender a Juan aquella celada. "Ardides del juego son..."

A primera hora del alba, Julia escuchó el lejano motor de un automóvil.

Sería seguramente su madre.

Acercóse mucho a Juan y pasó, con cuidado para que él no despertara, el brazo del mozo por el cuello de ella como si estuviese abrazándola. Y cerró los ojos simulando que dormía profundamente.

Cinco minutos después estaba ante ellos el coche de la madre de Julia. Descendió la señora con una muchacha y un joven, venidos como testigos.

Julia simuló despertar azorada y llamó a Juan. Este abrió los ojos y al ver a la madre de su amiga que le miraba dando muestras de indignación, le dijo excusándose lo mejor que pudo:

—El *auto* tiene la culpa de lo que le ha sucedido a su hija, señora... No pude arrancarlo por nada del mundo.

—De esto hablaremos luego, Juan — dijo la madre con profundo furor.

Y se marchó con su hija que ponía una carita estudiada de vergonzosa...

Juan estaba asombrado... La muchacha que había llegado como testigo acercóse a él y le dijo:

—Como es de suponer, siendo usted un caballero sabrá su obligación.

—Pero, señora, es que aquí no ha ocurrido nada...

Ya no le oían... Acababan de partir todos en el automóvil.

Y Juan quedó maldiciendo la hora fatal en que aceptó realizar la excursión.

¡Qué compromiso!



Unos días después los periódicos publicaron este suelto:

Se asegura con gran insistencia en los círculos sociales de la ciudad que cierta pareja de jóvenes que recientemente pasó la noche a la luz de las estrellas, dará natural remate al idilio en la vicaría antes que la prometida del caballero en cuestión tenga tiempo de reclamarlo como de su exclusiva propiedad.

La madre de Julia fué a ver a Juan y le expuso la necesidad de aquel casamiento.

Juan comprendió la celada.

—Lo siento muchísimo — exclamó — pero debe usted tener en cuenta que mi compromiso con Rita es firme y no puedo romperlo.

—Eso no es obstáculo. Tengo la completa seguridad de que esa señorita me dará razón.

—No creo lo mismo...

Y la futura mamá tuvo que marcharse sin conseguir arrancar el consentimiento matrimonial del heredero.

Pasó una semana.

Rita seguía *sufriendo* sus vacaciones en el lugar de su veraneo...

María, su íntima amiga fué a visitarla y le dió a leer el periódico en que se trataba de aquella pareja que a la luz de las estrellas, etcétera, etc.

María explicó con claridad todo lo que había ocurrido y la seguridad de que Juan era inocente de aquella trampa.

—Julia es una lagarta y su madre también. Le han tendido una red... Y yo creo que deberíamos salvarle.

—Pero, ¿qué voy a hacer yo? Si hasta me parece que Juan y yo no volveremos nunca a hablarnos.

—¡No seas tonta! ¿Por una discusión inútil vas a perder a tu novio? ¡Qué locura! Creo que ahora debes luchar para reconquistar al hombre amado. Y si no vuelves en seguida a la ciudad y defiendes tus derechos, ellas lograrán convencer a Juan de que comprometió de veras a Julia.

—¿Qué tonta he sido en marcharme, en dejar la plaza al enemigo!

—Aun estás a tiempo.

—¡Sí, sí!... Veré si encuentro una persona que se haga cargo de los niños, y dentro de veinte minutos estaremos camino de la ciudad.

Una familia se encargó poco después de los dos sobrinitos y Rita y María marcharon en automóvil a la ciudad.

Tenían su plan y lo llevarían rápidamente a la práctica.

*
**

Se dirigieron a casa de Juan. Preguntó María a uno de los porteros... Luego volviendo al lado de Rita, le dijo:

—Estamos de suerte. La servidumbre ha salido y Juan no volverá del Club hasta las diez y media...

—¿Qué he de hacer ahora?

—Entras en la casa, te vistes esa bata "négligée" que tienes en el maletín y esperas a que venga Juan... Yo entretanto procuraré re-

tener a Julia en el Salón Belmore hasta que tú llames por teléfono. Después la traeré aquí y entonces comenzarán de veras las complicaciones.

—Tengo miedo.

—¡Ánimate! ¡Es por tu felicidad! Cuando nosotras lleguemos a sorprenderos y ella se dé cuenta de que tú le has tomado la delantera en lo de comprometer a Juan, no querrá verle jamás la cara.

Maria marchó en automóvil en busca de Julia a la que conocía también mucho, y Rita se puso a realizar sus proyectos.

Simuló llamar a la casa.

Pasó en aquel instante un policía quien la saludó sonriente... ¡Buenas visitas recibía el señorito Juan... y de noche! ¡Los hay con suerte!

Cuando se alejó el guardia, Rita rompió el cristal y por la parte interior abrió la puerta.

Encontróse en un gran hall. Encendió las luces. Era preciso efectuar las cosas con rapidez. Juan podía presentarse de un momento a otro.

Despojóse de su traje vistiéndose una insinuante "negligée". Después destapó una botella de champaña y llenó dos copas...

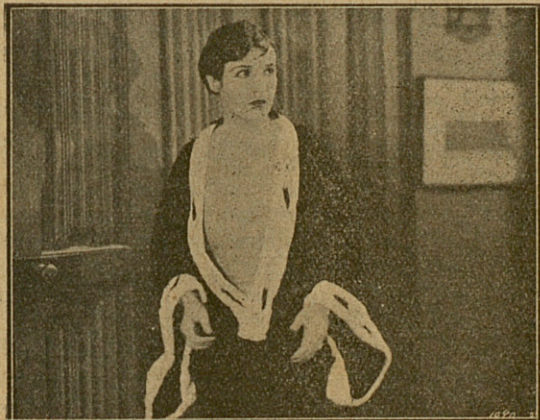
Dejóse caer en un diván, fumó un cigarrillo y esperó...

Apagó las luces dejando encendida única-

mente una lámpara de sobremesa junto al diván.

Pasó media hora en que se consumió de impaciencia.

Al cabo sintió ruido... Juan llegaba... Estiróse más y más en la *chaise-longue*.



Juan podía presentarse de un momento a otro.

Juan entró en el hall y no se dio cuenta de que había ya una lamparilla encendida.

Aquel día tenía sueño... Llegóse hasta muy cerca del diván, encendió un cigarrillo.

El corazón de Rita palpitaba. ¡Ahora... aho-

ra llegaba el instante de que la descubrieran!

Pero tan distraído estaba el joven que sin dar una ojeada al diván, subió las escaleras dirigiéndose hacia su habitación.

Rita se desesperó, levantóse y echó al suelo un cortapapeles de plata, ocultándose junto a la puerta.

Juan oyó el ruido y se detuvo por si se repetía. Pero no oyendo ningún otro rumor se fué a su cuarto.

Rita comenzó a pasearse nerviosa. ¡Pues si que para ese viaje!...

Y sin embargo era preciso hacer algo, no comprometerse en vano... Metióse en una habitación cercana donde había un teléfono y llamó, al Restorán Belmore, a su amiga María.

—Todo ha salido mal, pero no le hace — le dijo—. Dentro de un cuarto de hora habré vencido.

—Pues yo vengo en seguida con Julia... No te desanimes...

Rita viendo un cuadro que representaba una sonámbula, tuvo una idea.

Se dispuso a dar a Juan el gran susto presentándose a él en estado de sonambulismo, y así, cerrando los ojos y con los brazos extendidos se dirigió a la habitación de su novio.

Detúvose en su centro esperando el grito de sorpresa y de estupor que Juan lanzara.

No oyendo nada abrió los ojos y vió que el cuarto estaba vacío. Pero ¿dónde se metía su

amigo? ¿Es que no le podría comprometer?

Adelantó unos pasos, hacia otra habitación pues le pareció haber escuchado un rumor, y retrocedió atemorizada.

Era el cuarto de baño y Juan estaba tomando uno tranquilamente.

Bajó ella las escaleras atropelladamente. ¡No, no, era eso demasiado! ¡Ella no quería sorprenderle en tal lugar!

Sonó en aquel momento el timbre de la puerta y Rita, un poco nerviosa, fué a ocultarse en el diván del hall.

Minutos después, Juan, envuelto en un bañín, bajaba a abrir la puerta. Su sorpresa fué grande al encontrarse con José, el pastor hermano de Rita.

Este se volvió pálido de emoción. ¡Ahora sí que todo se complicaba!

—¿Qué le trae por aquí? — preguntó Juan.

—La casa de mi hermana Rita está cerrada — dijo el pastor—. Los vecinos me indicaron que usted quizás sabría decirme dónde está...

—Rita está en el campo con los niños...

—¡Muchas gracias! Mañana iré a verla.

—A propósito — dijo Juan con un deseo de congraciarse con el pastor para poder llegar más fácilmente a Rita—, me parece que le será a usted difícil encontrar habitación a estas horas. ¿Por qué no se queda aquí a pasar la noche?

—Acepto muy agradecido,

Pero en aquel mismo momento apareció sentada en el diván Rita quien hizo una seña a Juan que estaba de cara a ella.

El joven quedó asombrado al ver allí a su novia.

¡Caramba, y qué "negligée" llevaba! ¡Si el pastor la veía habría allí un lance de honor!

Pero, ¿se había vuelto loca aquella mujer? ¿Qué hacía en su casa?

Pálido, atemorizado, le dijo al pastor:

—Comience a subir a su habitación. Es la primera de la derecha. Yo iré allí en cuanto haya terminado la historieta que estaba leyendo.

—¡Oh, esperaré a que usted la acabe!

Rita acababa de ocultarse en el diván poniéndose encima una colección de almohadones...

Juan se sentó sobre ellos y el pastor ocupó un sillón fronterizo sin que por fortuna se diera cuenta de la presencia de la hermanita.

En breves minutos simuló Juan haber leído la revista y acompañó a José a la habitación.

Luego regresó frenético, impaciente, al hall.

Rita se paseaba fumando un cigarrillo.

—¿Qué significa ésto, Rita? — exclamó—.

¿Te has vuelto loca? ¡Quiera Dios que los vecinos no te hayan visto entrar!

—Y si se han enterado, ¿qué más da?

—Pero no comprendes. ¡Estás comprometida y...!

—¿Qué me importa?

Volvió a sonar el timbre.

—¡Qué noche, Señor! ¡Ocúltate ahí! — le dijo a Rita señalándole una habitación contigua.

Rita se marchó y Juan franqueó la puerta a los nuevos visitantes.

Eran María y Julia.

El joven las miró interrogante. ¿Visitarle a aquella hora? ¿Qué ocurría?

María que llevaba muy bien las cosas, dijo:

—Me he llenado la ropa de aceite de máquina, Juan... Como vi luz, dije en casa de Juan habrá modo de lavarme... He rogado a Julia que me acompañase.

Mostró la gran mancha de aceite de su vestido...

—¡Oh, encantado de servirla! — dijo Juan, pálido y con una sonrisa triste.

Julia le miraba con interés pareciendo preguntarle si es que aun no había decidido casarse con ella.

Rita, que se hallaba en la otra habitación, cogió un hermoso jarrón de porcelana y lo arrojó al suelo rompiéndose en cien pedazos.

—¿Pero qué es eso? — dijo María, asombrada—. ¿No está usted solo?

—¡Sí... sí... es el gato!...

—¡Veamos!

Entraron en la estancia... No había nadie al parecer... Pero de pronto sonó una gran carcajada y una mujer, Rita, apareció detrás de la puerta, fumando un cigarrillo.

María fingió una gran sorpresa y Julia mostró viva indignación.

—¿Qué es esto? — dijo María—. ¿El hogar de un hombre soltero o el harem de un turco?

Juan no sabía cómo excusarse.

—¡Habla, Juan! — dijo Julia—. ¿Qué significa la presencia de esa mujer?

Rita sonreía paseando envuelta en su vaporosa "negligée".

El pastor escuchando voces y disputas bajó a la estancia sorprendiéndose enormemente al ver allí a tres mujeres entre ellas Rita.

Juan quiso arreglar su situación y exclamó:

—Como que Rita se olvidó de traer la llave de su casa, ella y su hermano tuvieron que quedarse aquí a pasar la noche. Eso es todo.

José contempló irritadísimo a Juan. ¿Qué embustes eran aquellos, enredón?

Algo calmada Julia dijo:

—Me arrepiento de haber dudado de ti un solo instante, Juan.

Pero Rita no parecía dispuesta a arredrarse.

—Para que usted lo sepa, he pasado aquí la noche con Juan por mi propia voluntad. Y aquí está usted ya de más... — le dijo a Julia.

—¡Insolente!

—Pero, ¿estáis casados? — preguntó el pastor.

—¡No! ¡Y nunca lo estaremos! — gritó Rita.

Furiosa ante aquella actitud de su rival y viendo a Juan que bajaba la cabeza, anodado, Julia dijo a María:

—Llévame a mi casa. Si esto sigue así, será difícil encontrar en la ciudad a una mujer a quien Juan no haya coprometido.

Y se alejó con su amigo.

El pastor quiso pedir explicaciones pero Rita rechazándole salió también.

—Voy tras ella — le dijo Juan al pastor—. Yo le prometo arreglar ésto, le juro que el honor de su hermana no ha sufrido menoscabo.

Marchó también y vió partir un automóvil.

Subió a su coche y fué en su persecución. Pero el otro corría más y pronto se perdió de vista.

Disgustado, pensando que se había quedado sin ninguna de las dos mujeres — la que le dolía era Rita —, retrocedió de nuevo.

Sintió que le tocaban detrás de él. En el asiento posterior apareció Rita que había permanecido oculta allí hasta entonces.

Equivocadamente Juan había perseguido otro auto, mientras tenía a Rita detrás de él.

Ella le miró con dulzura, con cariño...

Juan, sorprendido y sonriente, la estrechó entre sus brazos y le dijo:

—Yo no sé por qué has venido a casa esta noche... pero ahora sí que no te queda más remedio que casarte. ¡Estás comprometida! ¡Si no te casas vas a ser la irrisión y el comentario de todos!

—¡Sí! — dijo ella con un suspiro—. ¡Tendré que casarme... y en seguida!

—Creo que ese es tu deber... Además tu hermano ha vuelto ya y él merece también esa satisfacción.

—Pues cuando tú quieras...

Y marcharon en el coche para que su propio hermano bendijera su unión.

F I N

MAÑANA SE PONDRA A LA VENTA

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la bellísima novela

EL DESTINO DE LA CARNE

por el coloso de la pantalla

EMIL JANNINGS

MAGNIFICA PRESENTACIÓN



NO DEJE DE ADQUIRIRLA

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

[B.]